

LIBRO IX

TEMORES Y ESPERANZAS



Capítulo I

Noticia inesperada

NECESARIO fué que pasasen más de quince dias para que los criados que asistian á D. Pedro de Togores, pudiesen tener esperanzas de que su amo no succumbiese á la complicada enfermedad que le sobrevino, á consecuencia, sin duda, de haber abandonado su lecho para contemplar desde la ventana de su habitación el suplicio por él preparado para D.^a Ana de Pacheco.

D. Pedro pasó estos quince dias privado de todo conocimiento y cuando en sí volvió y en su derredor pudo extender su vista, la falta de su hija fué lo primero que notó y á inquirir su paradero se encaminó su primera pregunta.

Ninguno de sus sirvientes pudo contestarle satisfactoriamente.

Todos ignoraban qué habia sido de ella.

El que más sabía sólo pudo decir que la joven desapareció el mismo día y á la misma hora en que los sicarios de Salazar sacaron de la casa á su víctima.

La camarista de D.^a Leonor añadió que los vestidos de su ama los había encontrado en la sala, lo cual no pudo explicarse, pues de su guardaropa no faltaba ninguno de los que ella conocía como de su uso.

En opinión de la citada camarista D.^a Leonor debió haber hecho uso de algun disfraz para salir de la casa sin ser conocida.

Sabemos bien que el amor á los hijos no era cosa que á Togores desvelase, no obstante no dejó de inquietarle tan extraña desaparición.

¿Cómo había podido resolverse á abandonar á su padre casi moribundo?

¿Qué motivo tan poderoso pudo tener para ello?

Que con ella se hubiese cometido un crimen no era creíble.

En primer lugar en los momentos de su desaparición, la casa de D. Pedro se hallaba custodiada por soldados de Salazar.

En segundo, ese crimen sólo podía haberlo cometido un amigo de D.^a Ana de Pacheco, interesado en salvarla.

Amigo capaz de ello sólo uno tenía D.^a Ana.

D. Alvaro de Silva.

D. Alvaro de Silva, no sólo estaba preso cuando ocurrió la fuga ó desaparición de D.^a Leonor, sino que además á aquella misma hora precisamente debió ser ahorcado.

Así se lo había comunicado Hernán López á Salazar, y Salazar á D. Pedro.

Pero D. Pedro conocía muy bien á su hija, y no ignoraba que amaba á D. Alvaro con la misma violencia y ceguedad con que él había amado á D.^a Ana.

—Si no me hubiese sobrevenido el fatal accidente que me llevó al lecho,—se dijo D. Pedro,—D.^a Ana no hubiese sido conducida al suplicio.

¡Yo la habría salvado en el último momento!

Mas apenas volvi en mi momentáneamente, en el instante en que en las varas de los verdugos le arrancaron los primeros gritos de dolor.

Por cierto que aquellos gritos penetraron hasta el fondo de mi corazón como emponzoñados dardos.

¡Y... aquí, aquí los tengo todavía!

¡Horribles gritos aquellos!

¡Me lastimaron como si hubieran salido de los labios de mi hija!

¡Pobre D.^a Ana!

Pero ella lo quiso.

¡Dios y no yo, fué quien no tuvo piedad de ella!

¡Ah! ¿por qué mi siempre vigorosa naturaleza sucumbió entonces á la violencia de mi desesperación, á lo exagerado de mi cólera?

Si así no hubiese sucedido, si yo hubiese podido conservarme el hombre fuerte de siempre, aun habría intentado convencer á D.^a Ana de que su amor podía haber hecho de mí el mejor de los hombres y en todo caso hubiérala salvado.

Si, la hubiera salvado.

¡El suplicio era bárbaro, extremadamente bárbaro!

¡Ella tan hermosa, tan perfecta como una estatua griega, se vió despojada de sus vestidos por manos impías y brutales!

¿Cuanto debió de padecer al verse desnuda ante sus sayones!

¿Y cuán salvajes debieron éstos ser, pues llevaron á cabo el suplicio, sin conmovirse, sin caer postrados de admiración ante tan maravillosa hermosura!

¡Ah! ¡desventurado de mí, y loca pasión la mía que á tal extremo me condujo!

¿Cómo pudo á tal extremo llevar mi amoroso encono?

¿Cómo no pensé que la justicia de Dios podía hacer, como lo ha hecho, que yo sobreviviese á mi venganza?

¿Por qué? ¡ay! ¡no morí en el instante mismo en que la ví perdida para siempre y entregada á la carnicera ira de sus verdugos?

¿Qué va á ser de hoy más el mundo para mí, cuando ya no he de volver en él á encontrarme con ella?

¡Ay de mí! ¡ay de mí!

¡Tan sólo me queda de ella este eco de sus gritos de desesperación que llevo aquí en mi alma y en mi frente!

¿Quizás me llamó cuando ya no la pude oír!

¿Quizás por miedo á la muerte invocó mi auxilio!

¿Quizás por verse libre de ella me hubiese amado en cambio de su salvación!

¡Ah! ¡cruel Salazar! ¿por qué me oíste? ¿por qué me otorgaste la satisfacción de mi venganza?

¿No es fama acaso que tú también has amado como sólo una vez se ama en la vida?

Y si así amaste, si así amas aún tal vez, ¿cómo no comprendiste que yo había de arrepentirme de haberte pedido lo que te pedí?

¿Por qué no tuviste compasión de mí y no me lo negaste?

¡Ah! ¡cruel Salazar, eres indigno de mi amistad, por más interesada que por mi parte haya sido!

¡Oh! de hoy más te aborrezco y he de volverte hasta donde posible me sea el daño que me has hecho.

Si, á tus enemigos he de unirme, á ser llegaré el más temible de todos.

Para luchar contigo que eres un sanguinario verdugo, no se necesita más que no tener amor á la vida.

Yo me encuentro como nadie en este caso.

Aborrezco mi existencia en la cual no cabe ya goce alguno.

Quiero morir, pero moriré como desesperado que estoy, en medio de la desolación que yo causé.

¡A ver, á mí algunos de mis sirvientes!

Al llamamiento de D. Pedro de Togores presentáronse en su recámara dos de sus más fieles criados,—vestidme,—les dijo con agria voz y saltando de su lecho.

Uno de sus criados obedeció inmediatamente tomando las ropas de su señor y acercándose á él con ellas, pero el otro se aventuró á recordarle que el médico le había recomendado el mayor reposo.

—¡No importa!—contestó con brusquedad; los soldados como yo no necesitan para saber que están buenos que el médico se lo diga. ¡Pronto, vestidme! y si por acaso mis débiles piernas no pudiesen sostener el peso de mi ánimo fuerte, ordenad que me preparen mi litera, porque aun cuando supiera morir intentándolo, hoy mismo he de habérmelas á solas y en su despacho con Gonzalo de Salazar!

Al oírle decir esto el criado sonrió como diciendo:

—Pues sí para eso sólo queréis salir, no faltaréis á la prescripción del facultativo.

—¿Qué tienes que observar?—preguntó D. Pedro notando que su criado iba á decirle alguna cosa.

—Tengo, señor, que deciros, que Gonzalo de Salazar no es ya el gobernador de estos reinos.

—¿Qué escucho! ¡explicame!

El criado refirió pormenorizadamente los sucesos políticos de aquellos días.

—Quiere entónces decir,—observó D. Pedro,—¡que el mismo día de la desaparición de D.^a Leonor y del suplicio de D.^a Ana de Pacheco, cayó de sus alturas Gonzalo de Salazar!

¡Oh! ¡desventura sin ejemplo!

¡Un día antes que hubiese caído, D.^a Ana de Pacheco no hubiese muerto!

—Pero D.^a Ana de Pacheco no ha muerto,—repuso el criado.

D. Pedro dió un salto como movido por secreto resorte, y tomando de un brazo al criado le preguntó con imponderable ansiedad:

—¿Que no ha muerto! ¡que vive! que... ¿quién te lo ha dicho? ¿cómo lo sabes? ¡Habla! ¡responde!

—¡Un grupo de amigos de D. Hernando, cuentan que se encontró con los verdugos y las tropas de Salazar, y arremetiéndolo contra ellos, logró arrancarles á su víctima, casi moribunda, que fué conducida á San Francisco!

—¡Vestidme! ¡ira de Dios!—repitió D. Pedro de Togores con el semblante inundado de felicidad.

Capítulo II

Nuevos conflictos

REITERABA sus órdenes D. Pedro para que estuviese dispuesta la silla de manos en que quería ser conducido á San Francisco, cuando abrió la mampara de terciopelo carmesí, entrada de su habitación, un caballero pálido como un difunto.

Hubiéralo sido en realidad y el efecto por su presencia producido en D. Pedro de Togores, no había sido mayor que lo fué.

Ya casi vestido preparábase á ceñirse su magnífica hoja de Toledo, pero efecto de la sorpresa, la hoja cayó de sus manos y él hubiese caído tras ella si sus sirvientes no se hubiesen apresurado á sostenerle.

—¡Alonso de Pacheco! ¡tú! ¡tú aquí!—exclamó.

—Sí; Pedro Roca de Togores; ¡Alonso de Pacheco soy!

—Que vienes ¿de dónde?—preguntó D. Pedro dudando casi si el recién llegado era un personaje real, ó ficción nada más de horrible calentura.

De las puertas del sepulcro, paraje único del imperio

de la muerte del cual se puede volver,—contestó Pacheco entre risueño y sentencioso.

—Luego quiere decir.....

—Que no he muerto aún;—concluyó el recién llegado.

Si D. Pedro de Togados hubiera podido contar con su antigua energía y desembarazo para manejar su espada, probablemente la habría en aquel momento esgrimido contra Alonso de Pacheco y matádole ó hechoso matar por él.

Pero su fatal enfermedad hábale hecho casi inofensivo por el momento, y aunque valiente y arriesgado, no juzgó oportuno intentar lo que no había de conseguir.

Así, pues, serenándose cuanto pudo, dominó sus impotentes arranques y fingió una conformidad que estaba muy lejos de tener.

—No sé,—dijo,—si debo ó no felicitarte.

—Lo comprendo;—observó Pacheco; pero ten en todo caso presente que si vivo es porque Dios lo ha querido; no porque yo ni mis semejantes hayamos hecho cosa alguna para ello.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú, urgido sin duda por tu noble empeño de vengar mi ultrajado honor, me abandonaste creyéndome muerto: que el dueño de la posada en que por tal me dejaste no esperó más que tú, y temiendo tal vez que yo apestase, me hizo arrojar como un perro en un muladar no cuidándose de enterrarme, y que allí, en aquel muladar, quiso Dios, si no curarme por completo, si, al menos, permitirme no ser pasto de las inmundas aves que viven de la carne muerta.

—¿Pero cómo has podido llegar hasta aquí?

—Guardo para más propicia ocasión los detalles que

quiere exigir de mí tu curiosidad, y pues lo principal te he dicho, bástete para complemento que te diga que no llevo en la capital más de las tres mortales horas que he necesitado para llegar hasta tu casa.

—La cual—observó D. Pedro,—vienes á encontrar, Alonso, en bien miserable estado. Por lo que á mí hace, tú por tus ojos puedes verlo, á semejanza tuya regreso de las puertas del sepulcro, si no es que soñando estoy y ya las traspasé para entrar en el infierno, que sin duda me espera. Mi hija ha desaparecido y nadie conoce su paradero.

—¿Tu hija te ha abandonado?

—Sólo sé que no está en mi casa: es cuanto puedo decirte: pero no me extrañaría que moribundo me hubiese abandonado; ha sido para mí lo que para tí fué D.^a Ana; quizás porque como tú á tu mujer, yo tampoco supe conducir ni tratar á mi hija.

—No perdamos el tiempo en filosofar inútilmente,—observó Alonso de Pacheco:—conforme me voy acercando á los personajes del drama cuya víctima soy yo, siento que mis fuerzas decaen, y me convenzo más y más de que la espada de D. Alvaro abrió á mi vida una puerta que ya no ha de volver á cerrarse.

Informado por tí de las ofensas que á mi honor hizo D.^a Ana, puse en tus manos los poderes que á mi justicia asistían.

Ahora bien ¿qué cuenta me das del uso que de ellos has hecho?

D. Pedro vaciló en contestar, y clavando sus investigadoras miradas en el semblante de Pacheco le preguntó:

—¿La amas todavía?

—Ni más ni menos que siempre, pero ¿á qué conduce la pregunta?

—A saber cómo recibirás la noticia del castigo que la impuse.

—Bien si fué justo.

—Lo fué, Alonso, lo fué: tu esposa llevó su villana conducta á un extremo tal como...

—Como tú sabes sin duda, pero que yo no quiero saber, ni tú debes decirme, pues tan delicadas son las heridas que en el honor se reciben, que no sólo ofende aquella que las comete, sino también todos aquellos que aseguran saberlas. Cuenta con no profundizar las mías, diciéndome acerca de ellas más de lo que quiero saber.

Esto acababa de decir Alonso de Pacheco, cuando la mampara de su recámara, que aquel día parecía hallarse á disposición de todo el mundo, se abrió de par en par dando entrada al venerable sacerdote Fray Martín de Valencia.

—Perdonadme, hijos míos—dijo con humilde y afectuoso acento,—si en vuestras pláticas os interrumpo.

—Padre, en vuestra casa estáis—contestó D. Pedro de Togores indicando al franciscano un sitio á fin de que él tomase asiento.

Pero Fray Martín, no sólo no aceptó, sino que dijo:

—Permitidme permanecer en pié y sed vos quien ese sitio ocupe. Leo en vuestro semblante el exceso de debilidad que os aqueja, y tan grave es y tanto habrá de impresionaros lo que á deciros voy, que vos y no yo sois quien debe permanecer sentado.

—¡Dios mío!—exclamó D. Pedro de Togores obedeciendo casi darse cuenta de ello:—¿qué es lo que vais á decirme?

—Algo muy grave, hijo mío: algo que se relaciona con la salvación de una alma próxima á partir para siempre

de este mundo y á la cual es indispensable abrir las puertas de la eterna felicidad.

Sin esta necesidad, sin la brevedad del tiempo de que debemos disponer, yo no habría abordado jamás tan bruscamente como lo hago las indicaciones de la gravedad del caso.

—Algo en efecto muy grave debe ser, pues, creedlo, padre mío, todo mi sér tiembla ante vos como temblaría ante el justiciero Dios á quien representáis en la tierra.

—Si es un caso de conciencia...—dijo Alonso de Pacheco,—permitidme que me retire.

—¡Oh! no, Alonso, quédate: ¡te lo suplico!—contestó D. Pedro:—no sé qué voz interior me dice que necesitaré de tí.

Fray Martín añadió:

—Sí, Pacheco, quedaos: no sin causa os ha reunido Dios.

Y vos, Pedro de Togores, no echéis en olvido que si la Divina Justicia es inexorable en sus fallos, á todo también alcanza su soberana misericordia.

Quisisteis abrogaros facultades difíciles de ejercer, y el error que en ello hubisteis, cae, hijo mío, sobre vuestra cabeza.

Una infeliz mujer, una de esas mujeres que Jesucristo amparó hallándose sobre la tierra, y sobre las cuales no reconoció otros jueces que los hombres impecables, fué puesta en vuestras manos por vuestro sino adverso.

—¡D.ª Ana de Pacheco!—exclamó Alonso bajando humillado la frente.

—Sí, hijo mío;—contestó Fray Martín:—perdonadla por piedad cristiana, y porque vos con vuestra conducta cooperasteis á su desgracia.

Soy un sacerdote y como tal os hablo; mis palabras no deben ofenderos, pues encaminadas van á vuestro bien.

—Fray Martín,—se atrevió á decir D. Pedro de Torgores, cuyo cuerpo temblaba todo como si el frío de la nieve penetrado hubiera hasta la médula de sus huesos; —Alonso de Pacheco ignora aún la suerte que ha corrido D.^a Ana: cuando entrasteis aun no había tenido tiempo de decirle cosa alguna á ese respecto.

—Yo tampoco sé cual haya sido su suerte: yo también ignoro donde D.^a Ana se encuentra en estos momentos.

D. Pedro demostró la admiración que le causaban las palabras del franciscano, abriendo desmesuradamente los ojos y fijándolos en él, como queriendo descubrir si fingía ignorarlo ó en efecto lo ignoraba.

Y como el franciscano no prosiguiese hablando.

D. Pedro preguntó:

—¿No lo sabéis en efecto?

—No lo sé, y aun puedo asegurar que nadie en la ciudad lo sabe.

—¿No es cierto entonces lo que me han asegurado?

—¿Qué es lo que os han asegurado?

—Que en vuestro convento acogisteis una mujer arrancada por los amigos de D. Hernando de las manos de los verdugos de Salazar.

Alonso de Pacheco dió un grito de horrible desesperación y preparándose á lanzarse sobre D. Pedro.

—¡Ah miserable!—gritó—á mercenarios verdugos entregasteis la justicia que yo en vos deposité! ¡Ah miserable! ¿qué ha sido de D.^a Ana?

Capítulo III

La muerte de D.^a Leonor

POCAS palabras rebotando santa unción evangélica, bastaron á Fray Martín de Valencia para detener en su ímpetu la cólera de Alonso de Pacheco, que, si lo hubiese querido el franciscano, habría tendido los amistosos brazos al mismo D. Pedro, á quien, á hallarse á solas con él, podría haber ahogado, pues tal fué la primera explosión de su cólera.

D. Pedro ni siquiera huir procuró.

Sentía sobre sí un peso terrible producido por una causa desconocida.

Tenia miedo sin darse razón del motivo.

Pero aunque á la voz de Fray Martín el buen Pacheco había depuesto su cólera, fijo siempre en su idea, volvió, aunque en distinto tono, á repetir su pregunta.

—¿Qué ha sido de D.^a Ana?

—Alonso; vuestro amigo no puede responderos, porque él mismo lo ignora.

D. Pedro agradeció con una mirada de profundo reco-

nocimiento la defensa que á su entender hacía de él Fray Martín, y dijo con resignación.

—¿A qué negarle la verdad, si al fin la ha de saber?

—Hijo mío, sacerdote soy de Dios, que es la verdad misma, y nunca, ni aun en esta ocasión, podría yo negarla. Estoy en lo cierto al decir que vos mismo ignoráis el paradero de D.^a Ana.

Volvió la sorpresa á retratarse en el semblante de Togores, que preguntó:

—¿No es cierto entonces que D.^a Ana esté en el convento de San Francisco?

—No, hijo mío, no lo está.

—¿Acaso oí mal cuando antes dijisteis que los amigos de D. Hernando arrancaron de las manos de los verdugos de Salazar á una mujer?

—No oísteis mal; verdad es que la arrancaron.

—Y esa mujer, ¿no era D.^a Ana?

—No lo era.

—Pero entónces ¿dónde se encuentra D.^a Ana, la esposa de Pacheco?

—Nadie lo sabe.

—¡Por Dios sacramentado, Fray Martín, que no os comprendo!

—No juréis, Pedro de Togores, pues sin ello adivino vuestra confusión.

—Pues por piedad, Fray Martín, sacadme de ella, porque á la verdad, estoy por creer que me he vuelto loco y que lo que pasando está es una horrible pesadilla!

—Por cierto,—observó á su vez Alonso de Pacheco,—que no comprendo las confusiones de Togores y á mi turno, las mías no le van en zaga. ¿Qué es en resultado lo que ha sido de D.^a Ana?

—Sólo puedo deciros que no fué ella la mujer extraída de esta casa por los verdugos de Salazar.

—Insisto en que no entiendo,—repuso Togores:—sólo un hombre podía haber intentado su salvación: el villano D. Alonso de Silva, causa y origen de nuestras desgracias.

Ahora bien. D. Alvaro había sido encarcelado desde el día anterior al designado para el castigo de D.^a Ana, y en la mañana de ese día debió ser ahorcado.

—Quienes tal cosa os dijeron os engañaron:—dijo Fray Martín.

—Ved que me lo dijo el mismo Salazar en persona.

—Os engañó Gonzalo de Salazar, por no perder su costumbre y fama de poco verídico.

D. Alonso de Silva pasó en San Francisco la mayor parte del día á que os referís.

Salió poco antes de anoecer y ya no regresó.

Nada más se sabe de él, pero puedo aseguraros que no fué ahorcado como suponéis.

—Si es así, y no puedo dudarlo, pues vos, Fray Martín lo aseguráis, D. Alvaro debe haberlo intentado todo por salvar á D.^a Ana.

—Pero ¿qué pudo hacer para ello estando como estaba en mi casa custodiada por guardias del Gobernador?

—Nadie lo sabe, pero sí puedo deciros que D.^a Ana fué salvada por él ó por otro cualquiera.

D. Pedro dejó escapar una exclamación.

Acababa de ocurrírsele una idea que sin duda explicaba la salvación de D.^a Ana.

—Sí; ya comprendo como D.^a Ana pudo salvarse sin que nadie en mi casa lo sospechase, ni pudiera impedirlo.

En la sala que le sirvió de prisión existe una puerta y pasadizos secretos que sólo yo conocía.

Queriendo obligarla á renunciar á sus amores con don Alvaro, le ofreci la salvación, é indiscreto le descubri la secreta salida.

¡Por ella debe haber huído!

D. Pedro llamó á uno de sus sirvientes y le hizo diversas preguntas y por sus respuestas supo que la puerta de escape del patio que quedaba á la espalda de su casa, se había encontrado forzada y abierta, y que dos de sus mejores caballos faltaban de sus cuadras.

Ya no cupo á nadie duda de ninguna especie.

D.^a Ana había huído por la puerta secreta aprovechando los dos caballos dispuestos por D. Pedro de Togores en persona.

Pero ¿quién pudo acompañarla.

Sólo D. Alvaro.

Alonso de Pacheco sintió que de nuevo renacía en él la ira contra Togores.

—Te entregué mis poderes para que salvases ó vengaras mi honor, y cuanto para ello inventaste sólo sirvió para facilitar á los criminales el complemento de mi deshonra!

Medió Fray Martín en la disputa que de nuevo se iniciaba, y gracias á su intervención el disgusto no tomó creces.

Togores preguntó cuando la calma se hubo restablecido.

—Si D.^a Ana se salvó como creemos, ¿cómo entonces los verdugos de Salazar pudieron sacar de mi casa una víctima que la sustituyese?

—Hé ahí lo inexplicable.

—Inexplicable, sí, porque yo con mis propios ojos vi esa víctima y distinguí las varas de los verdugos, cayendo sobre sus desnudas espaldas, y sus gritos de horrible dolor llegaron á mis oídos y penetraron hasta mi alma, clavándose aquí, en medio, en lo más íntimo y delicado de mi corazón. ¿Acaso todo ello no fué más que una farsa combinada para engañarme?

—¡Desgraciadamente no lo fué!—contestó Fray Martín.

—¿Desgraciadamente habéis dicho?

—Sí; desgracia horrible, porque la víctima infeliz de esa sustitución quedó tan mortalmente herida, que apenas permanecerá unas cuantas horas sobre la tierra en que agoniza.

—¿Pero Dios mío!—exclamó D. Pedro tomando cada vez mayor interés en aquel asunto—esa inexplicable sustitución es obra de un sacrificio incomprensible ó de una infamia infernal! Y sobre todo ¿quién es esa infeliz mujer arrancada de mi casa?

Esa pregunta de Togores hizo lanzar un grito de sorpresa y piedad á Alonso de Pacheco.

—¿Qué te ocurre?—preguntó á D. Pedro.

Fray Martín cambió con Pacheco una mirada que le obligó á bajar los ojos y con los ojos la cabeza, á fin de ocultar á Togores la emoción que le embargaba.

A la vez el venerable sacerdote desplegó toda su cristiana elocuencia, en un discurso que brotaba fácil y naturalmente de sus labios, como brota en medio de fértil y florida pradera el rico manantial que la embellece y vierte en toda su extensión la frescura y la lozanía.

Canto de ángeles fueron sus palabras, cuya armonía arrojó el alma del infeliz D. Pedro, predisponiéndola á

Aquellos dos hombres eran Alonso de Pacheco y don Pedro de Togores.

—¡Todo ha concluido!—dijo Alonso.

D. Pedro se irguió como herido por aquellas palabras y repuso:

—¡No: no ha concluido todo! ¡Falta todavía mi venganza!

Capítulo IV

Los fugitivos

No fué mucha en verdad la ventaja que á la Nueva España produjo la ansiada caída de Salazar y de Chirinos.

No siendo, como en efecto no eran mejores que ellos, Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, la opresión no varió en más que en los nombres de las personas que continuaron ejerciéndola.

«Preso el factor y el veedor,—dice Fray Juan de Zumárraga,—comenzaron á gobernar el tesorero y contador, y de tal manera, que en el tiempo que les duró fueron bien aprovechados y se pararon bien gordos de dineros y de mucha cantidad de indios que tomaron para sí, y muchos que dieron á sus criados, y comenzaron á dar muy de recio contra los que habían seguido la parcialidad del factor y veedor, tanto, que á unos degollaron y á otros ahorcaron, y otros escaparon retraídos en los monasterios, y aun de ellos sacaron algunos de que hicieron

justicia, y finalmente á todos quitaron los indios y los persiguieron y destruyeron.»

La mayor ocupación de estos gobernadores en aquel tiempo,—dice el P. Cavo,—fué de aprovecharse de su empleo, así para su utilidad como también la de sus deudos y amigos, con grave sentimiento de las personas beneméritas.

Nadie se mostró mas contento de ello que el bueno de Hernán López, salvado por milagro de la catástrofe de que sus amos habían sido víctimas.

No le faltaban personas que le quisiesen mal, y así hubiérale ido si á última hora, como ya dijimos, no hubiese acudido á Albornoz y cooperado en lo posible á que los conjurados de San Francisco se decidiesen á encargarle, aunque en unión de Estrada, del gobierno de que iban á privar á Salazar y á Peralmíndez.

Rodrigo de Albornoz tomó á su cargo la protección de Hernán López, y éste, á quien no faltaban nobles rasgos de carácter, logró hacerse lugar bastante seguro en el nuevo gobierno.

No procedió en hacerlo así por miras interesadas.

La dominación de Peralmíndez, su amo y amigo, habíase prolongado lo muy bastante para que Hernán López lograra hacerse tan rico como habíalo deseado.

Nada, pues, pretendía porque nada necesitaba.

Al buscar en consecuencia la buena sombra de Rodrigo de Albornoz, no tuvo mas interés que el de hacer cuanto á su alcance estuviese para procurar la libertad de Peralmíndez, á quien ya quería como cosa suya.

Empresa difícil era, porque unido como había estado á Salazar, Chirinos participaba del odio y aborrecimien-

to con que aquél era visto por toda clase de gentes sin excepción.

Así, pues, necesariamente habían de correr suerte igual, y si sólo de Alonso de Estrada hubiese dependido, Chirinos habría sido sentenciado y ahorcado con Salazar, á quien el tesorero aborrecía de muerte.

No pensaba del mismo modo Albornoz, que con Salazar era hechura del mismo comendador Cobos, y no quería con él indisponerse procediendo á su castigo, por cuya razón detuvo y estorbó la formación de su causa, por más que todo el mundo pedía su castigo.

Hernán López concibió en vista de esto el proyecto de sacar de sus jaulas de vigas á Salazar y á Chirinos y volverlos al gobierno á cualquier costa.

Para ello nada le pareció mejor que abrir las jaulas con llaves falsas y sobornar á los guardianes de los prisioneros.

Confió su plan á los amigos y criados de estos, y manteniéndose él en prudente reserva, encomendó á otros la ejecución del plan.

Estos otros fueron á dar por su desgracia con un vecino español llamado Guzmán, de oficio menestral de vergas de ballesta, quién fingiendo interesarse en favor del proyecto, sólo procuró hacerse de todos los detalles de la conjuración para venderlos traidoramente á Alonso de Estrada.

Una vez más, Hernán López salvó en una tabla, que para él fué su amistad con Albornoz, pues cuando Estrada se enteró de la delación de Guzmán, cargó su gente sobre los conjurados, y á un Escobar, jefe de ellos, hizo ahorcar; á los demás cortó, ya los piés, ya las manos, y á los menos culpables castigó con azotes.

Salazar y Peralmindez siguieron habitando sus incómodas jaulas de vigas, custodiadas por una fuerte guardia y expuestos á las burlas é insultos de los mismos que algún tiempo antes temblaban con sólo oírlos nombrar.

Albornoz continuó protegiéndolos con su influencia y superioridad moral sobre Estrada, y no quedó recurso á que no apelase para estorbar la formación del juicio á que se quiso someter á los ex-gobernadores.

Sólo él pudo ser capaz de contrarestar la fuerza de la opinión general.

En vano fué que los quejosos levantasen su voz pidiendo el castigo de los culpables.

En vano se invocaron los manes de Rodrigo de Paz tan bárbaramente sacrificado por ellos.

Las moratorias de Albornoz dieron al fin el resultado por él apetecido.

Los quejosos se cansaron de machacar en hierro frío.

El clamor público fué perdiendo su intensidad.

Los reos continuaron habitando sus jaulas, pero los curiosos disminuyeron y su desgracia dejó de conmovér á todos.

El asunto cayó en lo vulgar.

Mientras estuvieron saliendo para España falsas relaciones, encaminadas á disminuir la culpabilidad de los reos.

Estas relaciones se enviaron bien recomendadas al comendador Cobos, cuyo prestigio en la corte, había de serles en extremo favorable.

Hernán López concibió fundadas esperanzas de que por aquella vez su amigo Peralmindez iba á salvarse.

Como más adelante veremos sus esperanzas no salieron fallidas.

¿Qué había sido mientras tanto de D.^a Ana y de Don Alvaro de Silva.

Los dejamos en el momento que emprendían su fuga.

Esta la realizaron con toda felicidad, gracias á los caballos preparados por D. Pedro de Togores.

Lejos ya de la ciudad, D.^a Ana y D. Alvaro rompieron el silencio que hasta entónces habían guardado.

D.^a Ana fué la primera en ello y sus primeras palabras se dedicaron á demostrar su gratitud á su salvador.

Después añadió:

—Y ahora ¿qué será de nosotros? ¿Dónde habrá lugar bastante seguro en que yo pueda esquivar la persecución de D. Pedro?

—No pasará mucho tiempo sin que la situación política sea de nuestros amigos y por consecuencia nuestra también.

Al amanecer de mañana los partidarios de D. Hernando habrán lanzado á Salazar del puesto que indebidamente ocupa.

Togores se ha comprometido con él lo suficiente para no verse enyuelto en su caída.

Pero si bien nuestros amigos cuentan con fuerzas bastantes para hacer triunfar la conjuración, no sería remoto que Salazar que los tiene superiores pudiera derrotarlos.

En tal caso D. Pedro continuaría siendo un terrible enemigo.

Conviene pues, ocultaros, D.^a Ana, donde les sea punto ménos que imposible encontrarlos.

—¿Y qué lugar puede llenar esa condición?

—Yo le tengo, D.^a Ana.

—¿Estáis seguro de ello?

—Sin género alguno de duda y á el voy á conducirlos inmediatamente, pues no tardará mucho en surgir en el horizonte la primera luz de la mañana, é importa que nadie nos descubra.

—¿Pues adónde debemos dirígnos?

—Al cerro que llaman de Tepeyac ó Tepeaquilla.

—Pero á lo que entiendo ese paraje está yermo é inhabitado.

—Así es la verdad, pero en él hallaréis lo que buscamos.

—¿Qué hallaremos?

—Un antiguo templo subterráneo.

—¿Un templo?

—Sí, un templo ó adoratorio azteca.

—¿Pero cómo sabéis vos?...

—Es un descubrimiento que hace algún tiempo hice y que con más calma y detalles os referiré á su tiempo. Basteos saber que sólo una casualidad, que ahora bendigo, me permitió descubrir su entrada, y que ni esa entrada ni la existencia de ese templo he revelado á persona alguna.

Nadie, pues, podrá dar con vos, aun cuando, lo que no es probable, alguien os hubiese seguido.

La conversación continuó amena y animada entre los dos fugitivos, pero sin interés marcado para nosotros.

Un cuarto de hora después D.^a Ana y D. Alvaro comenzaron á subir la áspera pendiente del cerro del Tepeyac, pero no habian avanzado mucho trecho los caballos, cuando el que montaba D.^a Ana cayó mortalmente herido por una flecha diestramente disparada.

D. Alvaro no se detuvo en averiguar de dónde aquella flecha habia partido, ni el número ni la clase de sus enemigos, y juzgándose descubierto, arrancó á D.^a Ana de su

cabalgadura, la pasó á la suya, y una vez asegurado de que ningún daño habia sufrido la dama, picó espuelas y partió como una exhalación lejos de Tepeyac.

Durante muchos días D.^a Ana y D. Alvaro permanecieron ocultos en un jacal habitado por una viuda india que los acogió con la más franca hospitalidad, y cuando hubiéronse convencido de que nadie los perseguía ó al ménos de que sus perseguidores habian perdido su pista, resolvieron acercarse de nuevo al Tepeyac y ocultarse en la gruta descubierta por D. Alvaro, para quien era del mayor interés tener exactas noticias de lo que en México hubiese sucedido.

Han pasado, pues, muchos días cuando volvemos á encontrarlos subiendo de nuevo la falda del Tepeyac.